
Una Tesis de Harvard

No Gobiernan Aquí los Tecnócratas

- ★ En Realidad, Nada los Diferencia de los Políticos
- ★ Ambos, con Poca Responsabilidad Ante los Electores
- ★ Ganan Comicios que no son Competitivos ni Creíbles

LORENZO MEYER

¿Y si es el caso que en México los llamados tecnócratas no son realmente tales sino simplemente políticos con posgrado? La tesis es interesante porque entonces resulta que la naturaleza de la élite política ha cambiado menos de lo que algunos suponíamos.

Como muchos, yo también di por sentado que hace poco menos de tres lustros la élite política mexicana había cambiado en un aspecto sustantivo. Fue entonces cuando las secretarías de Hacienda y de Programación tomaron el control de la Presidencia y, desde ahí, colonizaron casi todos los puestos importantes del gabinete, las direcciones de las empresas paraestatales (las que quedan) e incluso tomaron directamente el control del partido del Estado (el supuesto criadero de los políticos-políticos) y en los últimos tiempos han empezado a asumir directamente el control de ciertos gobiernos estatales. Consideré que

No Gobiernan Aquí los Tecnócratas

Signos de la primera plana

estos hechos significaban que la tecnocracia había llegado al poder y que eso tendría que significar algo importante, aunque con el paso del tiempo cada vez me quedaba menos claro en qué consistía la importancia de ese "algo"; es decir, de la diferencia con el pasado. Pues bien, ahora resulta que quizá la preocupación por el advenimiento de la era de la tecnocracia fue resultado de un diagnóstico equivocado, al menos eso es lo que argumenta el profesor Juan Lindau.

Lindau es un joven politólogo mexicano egresado de la Universidad de Harvard y que actualmente se encuentra en Colorado College —un ejemplo de que Conacyt aún tiene caminos que recorrer en su afán de repatriar a nuestros científicos—, y acaba de publicar un pequeño libro basado en su tesis doctoral, en donde se dedica a poner en duda una tesis que varios hemos sostenido tanto en México como fuera: que los gobernantes mexicanos de los dos últimos sexenios son tecnócratas *bona fide*. Lindau, mantiene, en cambio, que quienes hoy gobiernan México son tan políticos como los de antes, simplemente que entre ellos hay mayor número que en el pasado con maestría o doctorado en economía de buenas universidades extranjeras. Sin embargo, esta mayor educación formal no les ha llevado a actuar de manera diferente de la de sus predecesores. Si José López Portillo fue "el último Presidente de la Revolución"—afirmación discutible para los que sostenemos que esa Revolución había muerto hacía tiempo—, ello no se debió a que al final de su tormentoso sexenio los políticos hubieran sido reemplazados al timón, por los tecnócratas. Esta es, en síntesis, la tesis que se encuentra claramente expuesta en *Los tecnócratas y la élite gobernante mexicana*, (México: Mortiz, 1993).

Fue el sociólogo alemán Max Weber, quien de manera muy clara señaló lo que estaba en juego en la posible sustitución en el mando del político por el tecnócrata. En teoría, el político funciona bajo los supuestos de la ética de la responsabilidad, el tecnócrata no. Por la vía de la lucha partidaria y electoral abierta, el político se ve obligado a asumir compromisos frente a la sociedad. Si logra ganar el respaldo ciudadano, entonces le es dado el enorme privilegio de ejercer legítimamente el poder político, pero siempre en el supuesto de que, a cambio, asume la responsabilidad de cumplir con esos compromisos. El tecnócrata llega al poder no por la vía de la lucha partidaria y el compromiso abierto con las fuerzas sociales, sino por la vía de la burocracia y usando de su conocimiento especializado en la administración de los recursos. En esas condiciones, el tecnócrata ejerce el poder político sin haber adquirido compromisos claros con la sociedad y sin que ésta le pueda exigir realmente responsabilidad. El triunfo del burócrata sobre el político —la dictadura de la burocracia—, era uno de los grandes temores de Weber y una de las razones de su pesimismo frente al futuro.

La dicotomía tecnócrata-político supone formas sustantivamente distintas de enfrentar los problemas sociales y de organización del poder: los tecnócratas se forman al interior de la gran organización burocrática y desarrollan sus acciones basándose en fórmulas y modelos teóricos muy complicados y de difícil manejo. En contraste, los políticos se guían básicamente por consideraciones pragmáticas que, para bien o para mal, responden a las demandas concretas —y contradictorias— del electorado y de los numerosos y heterogéneos grupos de interés y de presión que actúan dentro de la sociedad civil. El político toma sus decisiones más por intuición que por el apego a una determinada estructura teórica o escuela de pensamiento claramente identificable. El tecnócrata, en contraste, vive de y para el reino de la racionalidad, desdeña la intuición, y sus decisiones las toma en función no de lo que las mayorías exijan sino de la culminación de la utilidad que se puede obtener con los recursos a mano.

Hoy en México, como en otras partes, el término tecnócrata se aplica a un grupo muy concreto de funcionarios: a los economistas en los altos puestos de la administración pública. Se supone que el tecnócrata mexicano es un personaje que llega a las grandes alturas del poder gracias a, y básicamente por, la posesión de un conocimiento especializado sobre los misterios del sistema productivo: él sabe cómo administrar de manera óptima la riqueza colectiva. Se supone, igualmente, que este conocimiento tan útil socialmente, sólo se adquiere al mejor nivel en los difíciles y competitivos cursos de posgrado de las grandes universidades de la única superpotencia que queda hoy en el planeta: Harvard, MIT, Yale, Princeton, Chicago, Berkeley, Stanford, Wisconsin y dos o tres universidades estadounidenses más. Dependiendo del caso individual, el cerrado club tecnocrático puede llegar a aceptar a ciertos graduados de unas cuantas universidades europeas, pero no son muchos ni es fácil lograr esa aceptación.

En contraste, se supone que el político mexicano tiene características distintas y orígenes más diversos. En sus filas dominan las licenciaturas, en particular en derecho, pero los hay de muchas otras carreras, desde ingenieros hasta contadores. El semillero de los políticos no está en el extranjero sino en las universidades nacionales, en particular la UNAM, aunque hoy las universidades privadas y las de los estados van ganando espacio. En cualquier caso, el posgrado no era ni un requisito para este grupo. Es más, un buen número de políticos no pasó por otra universidad que no fuera la llamada "universidad de la vida" —Adolfo Ruiz Cortines es el ejemplo más conspicuo y hoy Alfonso Martínez Domínguez es típico. En

otros países y circunstancias, es posible que las diferencias y antagonismos entre los tecnócratas y políticos sean realmente significativas, tal y como lo apuntara Max Weber. Sin embargo, el profesor Lindau llega a la conclusión de que ese no es el caso mexicano. Aquí y ahora "no hay grandes diferencias de comportamiento entre políticos y tecnócratas". Y la razón de que no haya esta diferencia es básicamente una: "la naturaleza misma de la política en sistemas autoritarios tiende a atenuar las diferencias de conducta entre esos grupos/tecnócratas y políticos". Los políticos tienen tan poca responsabilidad frente a los electores como los llamados tecnócratas. Así pues, y según Lindau, si alguien busca diferencias significativas entre los miembros de la élite política mexicana de los últimos años, le sería más fructífero buscarlas en otra parte que no sea en la supuesta dicotomía políticos-tecnócratas.

La idea de que la tecnocracia tomó el poder en México desde finales de los setenta, surgió del innegable aumento de los posgrados en las altas esferas del gobierno. Lindau encontró que 47.89 por ciento de los miembros del Poder Ejecutivo que aparecen en el diccionario biográfico del gobierno mexicano de 1989, tenían un posgrado, y que de ellos, 62.1 por ciento lo habían obtenido en el extranjero. Estas cifras son impresionantes si se tiene en cuenta que 13.4 por ciento de la población de 15 años o más no tenía en 1990 ningún tipo de educación formal y que 42.1 por ciento apenas había podido cursar total o parcialmente la primaria; también son impresionantes si se les compara con la educación de los políticos del pasado. Ya lo son menos si el punto de comparación son sus iguales en otros países, por ejemplo, el gabinete que asumió el poder en Taiwán un año después de que lo hiciera Carlos Salinas en México, estaba compuesto por 14 personas, de ellas 12 tenían doctorados de universidades extranjeras.

Pasemos ahora al estudio de la tesis de Lindau. Como ya quedó claro, en la visión de Max Weber el político adquiriría el poder por la vía electoral mientras que el tecnócrata lo hacía por la vía burocrática; una era una vía legítima y la otra no. Sin embargo, resulta que en México la vía electoral no tiene realmente el significado al que se refería Weber. En México con un sistema de partido de Estado desde 1929, las elecciones son: a) no competitivas o b) en las raras ocasiones en que hay competencia real, sus resultados no son creíbles. En virtud de lo anterior, ni el político ni el supuesto tecnócrata legitimizan su poder por la vía partidaria y electoral sino por otras. Hace mucho, si es que alguna vez, que el político mexicano no es responsable ante sus electores porque no es a ellos a los que debe su poder, sino a sus superiores en la jerarquía. En este sentido no hay diferencia entre los supuestos tecnócratas y los supuestos políticos; ninguno llegó al poder por la vía electoral sino por la autoritaria. Su legitimidad, o falta de ella, es la misma.

Examinando el estilo de gobernar, el profesor Lindau no encuentra ninguna diferencia real entre los antiguos políticos y los nuevos "tecnócratas". Antes, como ahora, los señores del poder en México han preferido, cuando han considerado que podían elegir, la conciliación y la cooptación al uso de la fuerza. La "economía de la violencia" ha sido un distintivo tanto de los que estudiaron economía como de los que no. En América del Sur, las tecnocracias se caracterizaron por el uso frecuente de la violencia para imponer sus esquemas teóricos a una realidad renuente a aceptarlos —el ejemplo más claro es el de Chile bajo Pinochet—, pero en México no ha sido el caso, afortunadamente.

Ya en el terreno de las soluciones concretas, el profesor Lindau no encuentra entre los políticos y los "tecnócratas" diferencias de sustancia. Ni el paradigma teórico que dominó la etapa de sustitución de importaciones —cuando reinaban los políticos— ni el que hoy guía el proyecto neoliberal de integración al mercado mundial —cuando dominan los "tecnócratas"—, surgieron en México; ambos fueron teorías internacionales en boga en su momento. Los políticos del pasado no fueron tan "intuitivos" en sus soluciones porque siempre tuvieron técnicos a sus servicios que ligaron sus políticas económicas con los grandes esquemas teóricos. Por otro lado, los "tecnócratas" de hoy no se ajen a rajataba sus propios paradigmas. En efecto, pese a ser unos convencidos de la privatización estos "tecnócratas" no son fanáticos de la misma. Un ejemplo: no hay duda de que se ha obligado a Pemex a ceder terreno en favor de compañías exploradoras privadas como Triton International o Smith International, y que se ha reclasificado a la mayoría de los productos petroquímicos en favor de la empresa privada (hoy la petroquímica básica que maneja Pemex está compuesta por apenas 19 productos). Sin embargo, los "tecnócratas" se han abstenido de privatizar lo que es la empresa más importante de México. Otros ejemplos: el tan condenado populismo sobrevive como Pronasol y da dividendos políticos; en el nuevo esquema neoliberal el corporativismo sindical debería haber desaparecido, pero en la pragmática realidad mexicana, ese corporativismo, aunque debilitado, subsiste. Y la lista con los ejemplos de conductas tecnocráticas sino "políticas" puede alargarse.

En resumen, los políticos de hoy tienen posgrado, pero su naturaleza íntima no es diferente de la de sus antecesores. Entonces si realmente no son tecnócratas los "tecnócratas" ¿por qué tanto hincapié en los títulos universitarios de posgrado y en los conocimientos técnicos? La explicación que al respecto da el profesor Lindau, es esta: "En un medio donde las elecciones no confieren legitimidad, una forma de intentar adquirirla es obtener un título de alguna universidad con prestigio internacional".